

EL MUNDO
ES MÁS
FUERTE
QUE
YO

VICTORIA
ROLAND



JUAN
COULASSO

DIARIOS
DE LA ACTRIZ

EN OBRA
POPULIBROS

1 de julio del 2016

La sobreexplotación de la actriz: la insistencia, el sacrificio. Una actriz en la hoguera. Una Juana de Arco de la República de Chacarita. El mundo quema mujeres. Aquello que no logramos entender: ¡al fuego! Se sobreexplotan los empleados de las multinacionales y los empresarios se hacen millonarios ¿Por qué no sobreexplotar a una actriz del teatro independiente porque sí? ¿Para lograr qué? El trabajo y el esfuerzo del teatro usados para nuestra salvación, para nuestra supervivencia, para dejar de pensar, o para alejarnos de la angustia de la vida municipal. Hacer teatro: un dispositivo para gastar nuestros días. Ensayar: un dispositivo para volver a casa reventados del ensayo. La lógica perversa de la producción capitalista usada para nada, sin propósito alguno, subvertida. ¿He ahí nuestra “revolución”?

7 de julio del 2016

Ayer volvimos a ensayar después de algunos meses. Creía que iba a enloquecer después de tanta abstinencia. Como siempre cada vez que retomo la práctica después de un vacío, la sensación de no ser actriz. ¿Seré actriz?, me pregunto antes de comenzar. ¿Podré pararme sola frente al director y la asistente para leer el nuevo texto? ¿Podremos comportarnos naturalmente —el director y yo— luego de nuestra feroz pelea de la semana pasada? Ansiedad y angustia: motores del ensayo. Necesito sudar y tener moretones y olvidar todo lo que sé sobre este monstruo que es (o será) la obra. En la obra seré una actriz original, una creadora autónoma de la escena y también seré una mera intérprete, muñequita eficiente que repite palabras ajenas. Me identifico con ambas y al mismo tiempo no me identifico con ninguna. Estoy en un período de *des*-identificación. Creo, a la vez, que la obra me pide eso. “Dejá de actuar, Victorita” (como me llama el director cuando es cariñoso conmigo). La actuación no sirve para nada. Solo te ha hecho sufrir desde ese primer taller de teatro barrial que hiciste a los quince años. O peor, desde ese papel de cookie en una versión de Hansel y Gretel de la Asociación Argentina de Cultura Británica de Córdoba allá por los noventa. Cuando Menem era presidente y

también imaginabas Hollywood como único destino posible de la actuación. ¡Hollywood! (Pobrecita de mí).

Vino la coreógrafa pero aún no pusimos el cuerpo, sino que diseñamos cómo íbamos a ponerlo en los próximos ensayos. Nos gusta hablar y pensar (mucho), pero también necesitamos sudar. ¡Tanto! Sudar como una forma de olvidar los pensamientos, las ideas grandiosas y críticas que tenemos sobre el teatro occidental, argentino, porteño y del barrio de Chacarita. Somos ambiciosos y sufrimos. Pero no podemos hacer otra cosa. Yo por mi parte necesito correr o improvisar en asociación libre con los ojos cerrados escuchando al baterista (mi músico percusionista salvador, mi ritmo básico, mi tierra escénica de esta era donde ya no actúo ni coqueteo con otros actores en el escenario). Sola con un baterista. Me excita, me emociona, me da vértigo, angustia, miedo, fobia, amor y adrenalina. Igualmente ahora habrá otros: la asistente y el director. Que han sido y serán tan importantes para este monstruo. La asistente que evita que el director y yo nos peleemos trágicamente y nos arranquemos los ojos como en Edipo Rey, para no seguir viéndonos. La asistente contiene a las fieras y a la vez es el futuro. El futuro del teatro, qué envidia. Tener tanto espacio a lo ancho y a lo largo y por delante. Yo soy una actriz en edad pronta a la vejez y sigo viéndome como niña. En realidad, estoy en esta edad monstruosa en la que de acuerdo al haz de luz que me ilumine casualmente me siento adolescente o vieja. SOY UNA MUJER SOY UN MONSTRUO. También se habló de un par de chongos. Chongos del futuro que actuarían de asistentes en la obra y también serían asistentes de verdad. Haciendo entrar y sacando escenografía que tal vez consista en pies de micrófonos y sillones. No lo sé. No sé nada pero ya quisiera dejar de saber posta. Acerca de todo. Perder

el control y entrar en una dimensión del espacio tiempo donde solo perciba mis músculos, las gotas de transpiración, mi bombacha mojada, el rouge rojo que se me corre y el sabor a whisky previo a la función. Fuera de la realidad o perdida en el campo de lo real para siempre. Tal vez una cosa sea lo mismo que la otra. Siempre en los extremos. No sé habitar los lugares intermedios. Tal vez por eso, tener treinta y seis me cueste tanto. Y no tener funciones hasta octubre. Y no saberme la letra. Y tratar de no actuarla cuando la diga, sino solo dejar que los espíritus de la crisis me la saquen de la boca a puñetazos. Amo esta obra y la odio. Y le temo y la añoro como una noche de pasión que un día llegará y será todo. El todo innombrable que me absorbe. La fantasía de una muerte o de un comienzo. La anulación de mi cabeza.

El lunes empiezo danza. El miércoles tenemos que estar a las 14:00 puntuales por si queremos comer algo y decirnos "hola, ¿cómo estás?". 14:30 ya tenemos que estar poniendo el cuerpo.

13 de julio del 2016

Hoy volvimos al cuerpo. Felicidad indescriptible. A la mañana, clase de danza en la que nos pidieron abrir la percepción hacia el abismo. Lanzados al abismo bailando. Luego almuerzo con la asistente mientras yo memorizaba la letra. Ahora resulta que no tengo que memorizar los textos como en una obra “normal”, sino más bien recordar ideas generales y luego improvisar ao vivo frente a los falsos únicos y últimos espectadores de mi representación (última también cada vez). Nada es normal en esta obra que ni siquiera sabemos si es una obra propiamente dicha. Bueno, para ser honesta con vos, mi querido diario, es claro que esto sí será una obra. Es imposible que no lo sea y eso lo sabemos todos. Pero vamos a hacer de cuenta que no para generar un poco de quilombo, si no el teatro es puro aburrimiento.

Hoy me siento potente, debo decirlo. Volví al cuerpo este lunes cuando retomé danza, y el martes hice yoga, y el miércoles danza otra vez y ensayé con mucho esfuerzo y sudor, y luego fui a la osteópata y le dije que estaba mucho mejor, que mi medicina es el cuerpo y que ya no puedo desconocerlo más y hundirme en el invierno de nuestro descontento. SIEMPRE CUERPO, Victorita. Es lo único que te saca de la locura mala. Porque yo

quiero la locura. Pero la buena. La que añoro en la obra y anuncio al principio de todo: "Estando yo completamente loca, es decir, absolutamente lúcida". Esa locura quiero, no la de la cueva sin músculos y llena de pensamientos.

Bueno, cuestión que fui maltratada y humillada por la asistente que me golpeaba con un buzo y también me ataba, apresaba y zamarreaba. Mientras, yo decía la lista infinita de mujeres. Me encantó. La humillación, digo. Qué misterio esto de que a las actrices nos guste tanto pero tanto sufrir. En un momento el director me permitió actuar mucho, como a mí me gusta. Pero creo que actué mejor cuando creía que no estaba actuando casi. Cosas que pasan. Cuando te dan la chance, la cagás. Hubo una suerte de vínculo entre los movimientos marciales y los movimientos trágicos. Hubo una suerte de friso de presentación que me gustó bastante. Sentirme frágil frente a un único y último público; nada que desee tanto o más que esto. Quebrar mis corazas frente a todos; mi pequeño sacrificio narcisista. Por suerte estoy creyendo más en mí. Hoy no dudé si era actriz o no. Lo soy. SOY ACTRIZ. ¡Qué alivio, por favor! Alivio identitario y conservador, pero alivio al fin.

Luego volví a cargar el tronco mientras el baterista improvisaba golpes. Fue hermoso. Realmente me pesa y hago esfuerzo en sostenerlo en alto y eso me encanta. Otro misterio de mi locura: el placer que me provoca esforzarme mientras me miran hacer fuerza (?). Tal vez aún esté tratando de complacer a mis padres que me exigieron tanto. O no, tal vez simplemente hacer esfuerzo por placer sea una pequeña subversión. Algo ligado a lo contrario directo a lo que me enseñaron: hacer esfuerzo porque sí, si total el esfuerzo no sirve para nada. Demostrar su inutilidad. Bueno,

mientras me bañaba después de la osteópata tuve una imagen: en la obra yo sostengo el tronco mientras suena la batería y la asistente hace cosas como si fuera una obra de danza re-contemporánea y europea. En un momento, miro a los espectadores y les digo: "Sí, solo estoy sosteniendo un tronco, esto no tiene ningún otro significado y no quiere decir otra cosa distinta de lo que es. En esta parte de la obra no hay ningún cuentito. Soy solo yo sosteniendo un tronco. Lo siento. Tendrán que digerirlo así. Así que más vale que lo empiecen a encontrar interesante. Lo digo por ustedes, sobre todo. Yo la estoy pasando bomba".

Luego zapamos con el baterista y yo empecé a usar los matices vocales que aprendí en las clases con la coach vocal. Sobre esto solo puedo decir: Alto Flash.

27 de julio del 2016

Voy a intentar rememorar el ensayo anterior y el que recién termina, antes de irme a Córdoba para escapar un poco de todo.

No pude escribir luego del último ensayo porque me fui corriendo a mi ciudad natal, que para mí es como perderme en el campo de lo real. Un real primigenio que me saca de esta ciudad llena de pensamientos. En el patio de mi casa de Argüello, los pensamientos cesan y puedo sentir la humedad del pasto en los pies o mirar los cactus de la galería e impresionarme con sus formas perfectas. Formas, formas perfectas es lo que estamos buscando. Como si fuéramos dioses buscando darle una forma exacta a las cosas del mundo. Por eso la naturaleza es nuestro doble y cuando nos cansamos de la ficción pensamos en catástrofes que involucren aire, tierra o agua. Cosas que estén fuera de la arquitectura del teatro. Venimos probando la escena uno que hoy se entendió mejor. Mi presentación. Todos tenemos el temor oculto de que esta obra solo sea un comienzo y un final. De que solo podamos montar la escena uno, donde ella dice quién es, qué viene a buscar y cuál es su puto conflicto. Y luego listo, la zapada final con batería. Volvernos un poco locos zapando y ya. ¿Y la trama dónde está? Me acuerdo de la

película ¿Y dónde está el piloto? ¿Se llamaba así? No tenemos piloto. Somos un avión que se va a estrellar contra un teatro. Un atentado terrorista contra nuestra sala de ensayo. ¿Podremos tal vez así llamar la atención del público? Esta obra lo necesita mucho, todo el tiempo. Llamar la atención. Yo les hablo a los públicos cara a cara. Imagino cuando venga mi mamá, por ejemplo. O algún chongo con el que esté saliendo y lo intimide para siempre hablándole directamente a él para demostrarle lo guapa que soy (en el doble sentido de la palabra “guapa”).

Hoy en el ensayo ocupé cinco espacios: un porción segura de escenario, un rincón al costado del público, un pequeño pasillo atrás del baterista, una mini terracita de vértigo donde sostuve el techo y un sillón semiescondido. Dije todos los textos del comienzo en el orden que dispuso el director luego del último ensayo. Primero semimuerta, tratando de recordar la letra, y luego con ganas de morir de una vez por todas por lo mala actriz que puede llegar a ser una por momentos. Después la magia apareció de a poquito. Creo que fue cuando llegó la coreógrafa comiendo un curry y le dirigí el texto a ella y se rio un poco y eso me abrió la puertita de la fluidez actoral. Qué misterio que el goce esté a la vueltita de la esquina y sin embargo, en un ensayo, podamos merodear por el Hades circundado por triple muralla con la sensación de que estamos condenados al fracaso para siempre. Tragedia y Comedia. Fragilidad putita de la ficción. Que también es conchuda y evanescente. Luego llegué como si nada a soy una mujer soy un monstruo. Parece que los pensamientos y los gestos en la obra aparecen solos, se desarman en un puto segundo y se disocian de toda mi voluntad actoral. Copado. Ojalá salga. Es como una trinchera intermedia

entre la no actuación que me pide el director y la actuación desbocada que yo porto y parece que ya aburre. Mis truquitos. Luego, un par de lecturas donde también estaba semi-muerta y con ganas de terminar de morir definitivamente hasta que, ¡oh!, la puertita de la magia apareció con un boceto de escena donde la asistente me tira letra, yo digo un texto bomba de Müller y disocio mis gestos trágicos de mí misma, mientras en la batería suena un ritmo regular. Divertido. Probar una escenita ultra precisa. Quemarnos la cabeza con virtuosismo de partitura para dejar de pensar. El baterista estaba duro del cuello así que fui buena y le hice masajes reparadores. Ojalá refuerce nuestro vínculo. Esto fue casi al final, cuando desarmábamos batería y pensábamos que a octubre vamos a llegar como se pueda pero vamos a llegar. Una llegada trágica. Ojalá estuviéramos locos y perdidos de verdad y no nos importara lo de octubre porque nunca sabríamos en qué mes estamos así que qué más da. Pero como sea, ficticios, reales o locos: en octubre abrimos la puertita de nuestra ridícula travesía épica al verdulero o al carnicero de la esquina. ¡Y que sea lo que Zeus quiera! Voy a decir varias veces esta frase en voz alta con el procedimiento de cambiar de volúmenes todo el tiempo, recurso que hoy exploté bastante. Y con esto termino.

3 de agosto del 2016

Querido diario: ayer no tuve fuerzas para escribir sobre el ensayo. Hoy, con la distancia suficiente, puedo decirte que estoy atorada —y podría decir atormentada para ser más precisa y cruel— de sensaciones contradictorias. Por un lado, sentir que estamos haciendo la gran obra de nuestras vidas; esa mística que con orgullo hemos sabido construir entre todos sobre nuestro pequeño monstruo. Como siempre, lo que decimos en la obra nos sucede en la realidad: “Esta será la última obra de nuestras vidas”. Es decir, una sensación horrorosa de que si la cagamos no habrá segunda chance. Pero una excitación épica cada vez que nos parece que la obra será una verdadera bomba que revolucionará el teatro contemporáneo para siempre. Por otro lado, sentir que estamos perdidos, como perdido está el rumbo político de nuestro país, por poner un ejemplo; bosquejos de escenas que no terminan de convencer al director; imposibilidad de ver esa futura obra transformada en una función con comienzo, desarrollo y cierre. Como siempre, lo que decimos en la obra nos sucede en la realidad: “La imposibilidad de seguir ficcionando”, “los mismos truquitos de siempre”. Es decir, ¡NO TENEMOS OBRA! Por momentos siento simplemente eso, para hacértela

fácil, querido diario: QUE NO TENEMOS OBRA. Que el contenido es tan difuso y lejano que solo nos alcanza para hacer un gesto agónico frente a un par de espectadores. Un invitarlos a la sala para decirles: "No pudimos con todo esto, pero vengan igual, ¡mírennos!".

Ayer hicimos un catálogo de gestos trágicos que me recordó a Meyerhold y a los manuales de antropología teatral que sacaba de la biblioteca de la facultad cuando estudiaba para convertirme en una Licenciada en Teatro con Orientación en Técnicas Actorales. Como Licenciada que soy, las fotos de todos los gestos que sacó la coreógrafa me brindaron un enorme y profundo placer pedagógico. Tal vez artístico también. Pero como que aún el material está crudo y no entiende su cauce artístico. Esto es como si tuvieras todos los ingredientes para hacer una torta deslumbrantemente deliciosa y no tuvieras la más puta idea de cómo combinarlos para lograrla. Como esa torta de chocolate que a veces me hace mi amiga Nati para mis cumpleaños: lleva soda y bicarbonato, pero cuando la comés no podés ni imaginar de qué está hecha. Es un hecho misterioso e inexplicable de chocolate que se deshace adentro de tu boca. Ojalá pudiéramos ser esa torta. Es lo único que deseo. No volverme torta (que podría ser). Si no, volverme una torta. Así de atractiva y apetitosa como una torta de chocolate de otro planeta.

Ayer casi tenía gripe y sudé mucho. La asistente tiene cada vez más protagonismo, pero yo no le temo (aún). Mi narcisismo todavía está a salvo, creo, aunque corre peligro a cada instante. ¿Alguien hablará bien de mi performance después de ver esta obra el día que finalmente se estrene? Sí, a vos, mi querido

diario, puedo confesarte que pienso en estas cosas. Soy una actriz, como cualquier otra, solo me hago la artista-de-mi-época-hastiada-de-la-ficción para llamar la atención de alguien. Pero en términos de vanidad, soy una actriz como cualquier otra.

El texto de Müller es hermoso y poderoso como la torta de chocolate. Solo que no basta, claro. El teatro es una puta máquina compleja de capas infinitas. Ese texto, que es una bomba, no es nada si las otras mil capas no son miles de otras tortas exquisitas y misteriosas.

En fin, estoy a punto de convencer al director para que me deje actuar *Ifigenia* como la actuaría si me llamaran del Teatro San Martín para interpretarla. Si sé manejarme con pericia, es muy probable que logre unos cinco o siete minutos de actuación trágica posta. Paso a paso, mi querido diario, que el director es un hueso duro de roer.

Hoy me llamó, por cierto. El director. Y hablamos sobre una idea que se le ocurrió en relación a nuestro momento trágico, que tiene que ver con que, en realidad, más que ensayando, ellas están invocando a *Ifigenia*. Una hipótesis más delirante. Los dos estábamos re de acuerdo en que la obra tiene que ser cada vez más loca, bordear la locura aún más que la autoficción, que siempre corre el riesgo de ser tan inofensiva, narcisista, irónica, postmoderna y cool. Antes nos preocupaba ir más allá del biodrama, ahora queremos superar la autoficción. Badiou dijo que el arte debe plantearse metas imposibles, así que al menos según Badiou, vamos bien.

Habrán días buenos y malos, querido diario. Y ya vendrán planteos del tipo “no tenemos nada” y cuestiones trágicas de ese tenor. Pero algún día también, alguien venderá una entrada

mientras yo me maquillo tomando whisky en el baño de Roseti porque están por dar sala. Esto sucederá algún día, mi querido diario, lo juro por Atreo, mi abuelo, y por Agamenón, mi padre. Algún día toda esta tierra será mía. El poderío de Grecia depende de mí. Y con este último vaticinio, me retiro a mis aposentos hasta el próximo ensayo. Adiós. Que el Hades cuide de tu alma circundada por triple muralla, Victorita.

13 de agosto del 2016

Querido diario: hoy quisiera intentar ser más auténtica y sincera con vos, aún a sabiendas de que la autenticidad pura es prácticamente imposible. Quisiera, en principio, no hacerme la boluda con relación a que simulo escribir este diario en el vacío cuando lo estoy haciendo para mis compañeros de la obra. Sí, cada vez que escribo, soy consciente de que del otro lado están el director, el baterista, la asistente, la coach vocal y la coreógrafa y no un ente abstracto llamado "diario". O sea que este es un diario medio farsante, como siempre que el teatro se interpone entre las personas, los contratos y las vidas.

Ahora bien, eso no lo hace menos verdadero. Que no sea plenamente auténtico, o que sea simulado, actuado, manipulado, intencional, no lo vuelve menos verdadero. Creo que ahí está uno de los problemas de nuestra obra: ¿qué sentido tiene plantearse si un gesto es auténtico o no? ¿Es algo menos real porque sea consciente de que lo estoy actuando, de que lo estoy fabricando? ¿Si la farsa puede ser verdadera, qué es la verdad, entonces? ¿Es cierto que las masas han ido siempre al teatro a buscar verdad o vidas más verdaderas o fragmentos de verdad? ¿Por qué el actor busca vivir "un momento de verdad", "un momento verdadero",

alcanzar a tocar “alguna verdad”? ¿No es fascinante la paradoja de buscar verdad en la mentira berreta del teatro? O tal vez justamente asumir que la verdad no existe, que vamos al teatro a ver sus simulacros para acercarnos a ella de lejos, como quien mira un boceto o un dibujo de un objeto real pero jamás podrá observar el objeto en sí. LA VERDAD ENTONCES NO EXISTE. Y nosotros estamos aquí, perdidos, creyendo que en algún momento se va a dignar a aparecer.

Me apasiona eso, de todos modos: poder mentir tan bien que parezca que de verdad soy griega o que podría sacrificarme para que una nación gane una guerra. Tal vez que eso me apasione es un signo de que aún quiero o debo o puedo ser actriz. De que no es momento aún de abandonar este oficio. Aunque en la obra mienta y diga que voy a hacerlo. Tengo que hacer esa pequeña mentira para encontrar a partir de ella alguna verdad. Estoy atrapada en este mundo perverso donde verdad, locura, realidad, ficción, simulacro, farsa y autenticidad son, casi todas, una misma cosa (dependiendo de en qué capa de la realidad yo ponga mi foco).

Me pregunto si, aunque les envío mi diario todas las semanas, ellos (el director, el baterista, la asistente, la coach vocal y la coreógrafa) lo leerán en algún momento. A veces me pregunto si están ahí o ya he perdido noción de la realidad y creo que ellos siguen del otro lado de mi casilla de correos, cuando en realidad hace años que ninguno existe, y son solo recuerdos de personas adentro de mi cerebro. Tal vez me he vuelto definitivamente loca y nunca pude superar esta obra. Me quedé ensayándola en mi cerebro para siempre, incluso cuando el teatro donde la ensayábamos ya no existe y hoy es una sala de juegos en red

para adolescentes centennial que no se miran entre sí y todos los integrantes del elenco han muerto de distintas enfermedades producto del cambio climático planetario. Pero yo estoy acá, creyendo que algún día llegará la forma. Director, Baterista, Asistente, Coach Vocal, Coreógrafa: ¿están ahí? ¿Pueden leerme? ¿Siguen vivos o ya me volví completamente loca? ¿Podrían enviarme alguna señal?

Solo tengo esta verdad: el director me dijo que escriba un diario después de cada ensayo y a veces no sé qué decir o no quiero decir lo que realmente pienso, pero no importa, por esta absurda disciplina que vive de esperanzas de verdades futuras, voy a seguir haciéndolo SIEMPRE. Voy a escribir este diario SIEMPRE. Hasta que se termine el último ensayo. O sea: SIEMPRE.

